EL AMOR A LA MEDIDA, DISTINTIVO Y MISIÓN

Han de sentirse dichosos cuando se hallan entre gente de baja condición y despreciada, entre los pobres y los débiles, entre los enfermos y los leprosos, y con los que piden limosna a la vera del camino.

Pues para esto han sido llamados los hermanos y las hermanas: para curar a los heridos, vendar a los quebrantados y volver al recto camino a los extraviados.

Con estos dos textos sanfranciscanos –tomado el primero de ellos de la *Regla no Bulada* capítulo 9,2 y recogido el segundo, por tradición oral, en la *Leyenda de los Tres Compañeros*, 58– quiero comenzar la reflexión que aquí me propongo realizar en torno al sentimiento de la misericordia, o si preferís –como yo mismo he querido denominarla en el título de esta presencia– en torno a esa cualidad imprescindible del *amor de verdad* que impulsa a acoger, a valorar, a apreciar, en una palabra, a querer, al otro *a la medida*.

Sin pretender apropiarse determinados valores evangélicos que Francisco resaltó de forma particular en su radical seguimiento de Cristo –y con clara conciencia de que los así llamados *valores franciscanos* informan la vida e inspiran la actuación de los miembros pertenecientes a cualquiera de las Órdenes o Familias que conforman y enriquecen el nutrido árbol franciscano– la Tercera Orden ha destacado, desde sus orígenes, como valores más característicos e identificantes de su propio *ser* y *hacer* la *penitencia* y las *obras de misericordia*, o si se prefiere –por expresarlo con palabras mismas de San Francisco en esa 1ª Carta a los Fieles, verdadera protoregla de los Terciarios– un *creciente amor a Dios y al prójimo* y una actuación –acorde con ese mismo crecimiento– que convierte a la persona: en *hijos del Padre*, cuyas *obras realizan* y en *esposos, hermanos* y *madres* de nuestro Señor Jesucristo, al estar *inspirados* por un mismo Espíritu, encaminar al unísono sus pasos según la

voluntad del Padre y al darle a luz –una vez engendrado en el propio corazón y cuerpo– mediante *acciones santas*.

Sin entrar ahora a profundizar el valor de la *Penitencia*, que –tal como queda expresado en la 1ª Carta a los Fieles– es un *crecimiento progresivo y continuado en el amor* que, a su vez, impulsa a un mayor y más comprometido servicio al hermano, me detendré, como paso previo a mi reflexión, a iluminar el valor de la *misericordia*, desde sus mismas raíces bíblicas y poder así, dar una respuesta, lo más adecuada posible, a la esencial pregunta: *¿qué es la misericordia?*.

Conviene tener no obstante presente que por ser un *sentimiento* la misericordia debe ser más *intuida por vía emocional*, que *razonada por vía lógica*; debe ser más sentida por el propio corazón, que *entendida por la mente*.

El amor maternal de Dios

Como punto de partida, tomamos la expresión paulina que presenta a Dios como un *padre* –o mejor aún como una *madre– rico en misericordia* (Ef. 2,4). Y ojalá esta expresión nos sirva de *trasluz* para captar con mayor nitidez la reflexión que a continuación se desarrollará.

Ya en el Antiguo Testamento aparece Dios no sólo como una *persona siempre fiel a su amor* (Is 54,8) o que *ama con amor eterno* (Jr 49,15), sino también como *una madre que no puede olvidarse de su hijo* (Is 49,15).

También en los evangelios –y particularmente en el de San Lucas– aparece constantemente Cristo, reflejando ese amor fiel y hasta maternal del Padre y lo hace de modo especial en los entrañables gestos de ternura que tiene para con los más pobres y desvalidos.

Pero es, sin duda, San Pablo quien, quizá de una manera más clara y solemne expresa la fe en un *Dios misericordioso*. Y entre todos sus textos yo he querido escoger el de 2Co 1,3:

–*Bendito sea Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, Padre de las misericordias y Dios de toda consolación, que nos consuela en todas nuestras tribulaciones, para poder nosotros consolar a los que están en toda tribulación, mediante el consuelo con que nosotros somos consolados*.

Querer al otro "como es"

Con todo, para entrar de lleno en el corazón de la *misericordia*, pienso que nada mejor que tomar en mano el *poema pedagógico* que los hombres de iglesia solemos denominar parábola del *hijo pródigo* o, mejor aún, del *Padre misericordioso*, pues éste es el verdadero protagonista de la acción.

El protagonismo del Padre, sin embargo, sólo se percibe en toda su nitidez y fuerza si se le contempla desde la perspectiva que ofrece su contraposición con esa especie de *antagonista* que es el *hermano mayor*. La confluencia de ambas personalidades representan de alguna manera el *sentimiento agónico* que se produce a menudo dentro de nosotros mismos cuando entran en conflicto la fidelidad a la *letra* de la ley y a su *espíritu*.

Si el *padre* representa la *misericordia*, el *hermano mayor* representa esa *justicia humana* que, *desprovista del espíritu*, busca como valor supremo, *no la recuperación* de la persona concreta, *sino* la *salvaguarda de la ley* y el *orden* expresados en su letra.

Descendiendo ya al terreno de la acción, la actuación de ambos personajes –protagonista y antagonista– van representando su papel con palabras y con gestos que ponen de manifiesto bien a las claras su personalidad.

En el padre, por ejemplo, sobresale de modo particular la *fidelidad* con que vive y actúa su identidad de tal, preocupándose sólo porque su hijo viva. Las palabras que pronuncia ante los criados y ante su hijo mayor refiriéndose al pequeño: *este hijo mío, este hermano tuyo, estaba muerto y ha vuelto a la vida, estaba perdido y ha sido hallado* (Lc 15, 24. 32), denotan ese sentimiento del verdadero amor que busca tan sólo lo que interesa para el bien integral de la persona que se ama; que busca fundamentalmente que pueda ella encontrar un sentido gratificante a su existencia, que pueda *saborear la vida*. Pero no menos elocuentes que las palabras son, en este mismo sentido, los gestos que tiene para con el hijo que se había ido: el conmoverse al verlo cuando aún estaba lejos, el correr hacia él y el besarle efusivamente (Lc 15, 20); el no hacerle ninguna pregunta ni reproche; el ordenar que fuese tratado como su hijo, haciendo traer el mejor vestido y el calzado, y devolviéndole el anillo de la filiación (Lc 15, 22), y el organizar una fiesta extraordinaria en su honor (Lc, 23. 32) delatan el cariño y la ternura de quien no sólo ha sido fiel al hijo ausente, sino que incluso le ha llegado a querer con un amor proporcionado a su necesidad, que se ha ido acrecentando desde la silenciosa y cercana lejanía.

En contraposición, en el *hijo mayor*, que, como se ha apuntado, representa en la trama la visión legalista ante la situación creada, se pone de manifiesto la *infidelidad* al amor fraterno y la consecuente *insolidaridad* con que actúa frente al problema del hermano. También en él, son los gestos –como el *irritarse y no querer entrar a la fiesta* (Lc 15, 28)– los que, con más elocuencia que las palabras mismas, reflejan su personalidad egocéntrica, fría de sentimientos e insolidaria.

No obstante, donde con más nitidez puede apreciarse la contraposición existente entre el *criterio misericordioso* del padre y el *criterio legalista* del hermano mayor, es precisamente en el diálogo que ambos mantienen a las puertas mismas del convite:

– Frente al frío y lejano: *ese hijo tuyo*, que matizan el reproche con que el hijo mayor echa en cara a su padre el gesto que ha tenido para con el hermano menor, el padre pronuncia el cálido y cercano tratamiento de *este hermano tuyo* (Lc 15, 30.32).

– Frente a un observar con "mirada juzgadora y hasta condenadora" los *hechos* de quien ha devorado con prostitutas la hacienda, el padre sólo mira a la *persona* recuperada (Lc 15, 30.32).

– Frente a una postura que nace de un corazón encogido y que tiende a ver y juzgar la situación del otro desde el propio yo, ofendido y entristecido por la "injusticia" legal que se ha cometido con él al no permitirle nunca celebrar una fiesta con los amigos, a pesar de los "servicios prestados", el padre, con el corazón ensanchado, pone como referente de su justa actuación *la persona de quien ha sido hallado*, e invita al mismo hijo mayor a que se alegre y a que tome conciencia de que también a él lo quiere como un *hijo predilecto* con quien comparte no sólo lo que tiene sino incluso lo que es (Lc 15, 29. 31-32. Cf. Jn 17,10).

Desde otra perspectiva, la figura del *hijo mayor* nos hace recordar con espontaneidad la del *fariseo orante* que el mismo evangelista Lucas retrata (Lc 18, 9-14). Tanto el uno como el otro son seres *egocéntricos* que se sitúan de *pie* frente a Dios –ante quien se creen con derecho a exigir– y frente a los hermanos, a quienes suelen mirar con desprecio "por encima del hombro". Ambos también, seguros de sí mismos por los méritos acumulados y los servicios prestados (Lc 18, 12.25; 15,19), se sienten como obligados a menospreciar y condenar a quienes no son como ellos (Lc 18,12; 15,30). Ambos, más *que orar en su interior* (Lc 18,11), *oran hacia su interior*, pues la contemplación narcisista de lo que han hecho (Lc 18,12; 15,29) es un verdadero acto de autoadoración y egolatría. Ambos, en fin, aunque estén *de pie*, y hasta de puntillas, son seres pequeños y empequeñecidos.

Y vista ya la actuación de los dos principales artistas de la obra, podríamos preguntarnos: ¿y dónde queda el *hijo menor* en toda la trama? Pues, sencillamente en su sitio. Él, más que un *agente*, es en la obra un *paciente*. La vaciedad que experimentó como resultado de su malogrado proyecto de ser feliz y "comerse el mundo", le hizo entrar dentro de sí y lo que en un primer momento sólo fue un deseo de volver a casa por tener algo que echarse al estómago, se fue transformando poco a poco en una verdadera conversión del corazón, en una verdadera apertura a la acción amorosa del padre. Y cuando éste le besó efusivamente, la pena de no tener qué comer, se transformó en pena por haber perdido su filiación. Si el hijo mayor nos hacía recordar con espontaneidad al fariseo orante, el menor, en su sentida oración: *Padre, pequé contra el cielo y ante ti, ya no merezco ser llamado hijo tuyo* (Lc 15,21) nos hace recordar la del publicano, que, sin atreverse ni tan siquiera a alzar los ojos al cielo, decía, al tiempo que se golpeaba el pecho: *¡Oh Dios! ¡Ten compasión de mí, que soy un pecador!* (Lc 18,13). Ambos fueron salvados simplemente porque se dejaron salvar, porque se abrieron al amor de Dios, que ama a la medida de las propias necesidades.

Y este mismo mensaje de *amor fiel y "a la medida"* que Lucas nos transmite en su parábola del Padre misericordioso, podemos leerlo también en la parábola, no menos bella y expresiva, del marido traicionado que nos trae el profeta Oseas (Os 2, 4-25).

En fin, misericordia significa *amor a la medida a la medida del otro*; significa *querer al otro como es*.

La misericordia en acción

Por su propia naturaleza *el amor "a la medida"* tiende a amar más allí donde hay una mayor necesidad o carencia y, en consecuencia, a orientar preferentemente su actuación al mundo de la necesidad o de la pobreza en general.

Referente histórico de esa tendencia natural del amor individualizado y preferencial con los más necesitados ha sido el ejercicio de las llamadas *obras de misericordia*.

La catalogación concreta de dichas obras –que después se verá con mayor detenimiento– tienen su antecedente más claro en los *profetas*, quienes con sus denuncias sociales o simplemente con su volver al primigenio y auténtico sentido de la ley, ponen el acento en la atención a las *miserias* del prójimo más débil y desamparado, *acogiéndolas en el propio corazón*, haciendo así un homenaje a la etimología misma del término *misericordia*.

- *Escuchad esto los que pisoteáis al pobre* –clama Amós (8, 4ss), contra quienes no tienen misericordia con los más desfavorecidos– *y queréis suprimir a los humildes de la tierra…, achicando la medida y aumentando el peso…, comprando por dinero a los débiles y al pobre por un par de sandalias…*

- *No habéis fortalecido las ovejas débiles* –denuncia Ezequiel (34,4-5)–, *no habéis cuidado a la enferma ni curado a la que estaba herida. No habéis tornado a la descarriada ni buscado a la perdida…*

- *Éste es el ayuno que yo quiero* –matiza Isaías (58, 6-7): *desatar los lazos de maldad, deshacer las coyundas del yugo, dar la libertad a los quebrados y arrancar todo yugo; partir con el hambriento tu pan, y a los pobres sin hogar recibir en casa; que cuando veas a un hombre desnudo le cubras y de tu semejante no te apartes.*

Ya en el Nuevo Testamento –y en concreto en el Evangelio de Mateo (25, 31-46)– aparece la famosa parábola del Juicio Final en el que las *obras de caridad* –dar de comer al hambriento, dar de beber al sediento, acoger al peregrino, vestir al desnudo, atender al enfermo y visitar al encarcelado– se transforman en expresiones no sólo de amor al prójimo, sino también –y al unísono– en expresiones de amor a Dios, pues es al propio Cristo al que se atiende en la persona de los necesitados.

Desde esa perspectiva, el texto de Mateo tiene la gran virtud de unir tan íntimamente vida espiritual y atención humanitaria, que ya nunca podrá considerarse verdaderamente cristiano, el pretender separar *contemplación y acción*. Estas dos dimensiones trascienden así el mero ámbito de la actividad, para internarse con decisión en el del *ser*. A partir de entonces *contemplativo* será el *ser en actividad*, en *constante crecimiento por el amor*.

Todo *lo que contribuya* eficazmente *a* que la persona *crezca* integralmente en amor –sin distinciones ni dualismos entre Dios y el hermano– *será contemplación* y cuando no contribuya a ello –por muy adornado que esté de vida de oración– no pasará de ser un *activismo* que lejos de centrar a la persona en lo esencial, la *distrae* y le crea sensaciones de esquizofrenia.

A partir del texto de Mateo, la iglesia –al tiempo que va destacando la importancia de hacer testimonial el amor a Dios en la *atención misericordia* a los necesitados, proporcionada "a la medida" de su propia carencia– va haciendo elenco, siempre basándose en textos del Nuevo Testamento, de aquellas actividades que, de una manera particular, podían contribuir a remediar las necesidades más perentorias del propio entorno cultural. Fue surgiendo así –sin que pueda precisarse con exactitud su verdadero nacimiento histórico– la clásica y tradicional división de las *Obras de misericordia* que –recogida ya en el Catecismo Romano de Pío V y sus famosas versiones resumidas realizadas en lengua española por Ripalda y Astete– se ha mantenido propiamente inalterada hasta nuestros días, siendo de sobra conocida por todos aquellos que nos formamos en la fe con anterioridad a las reformas propugnadas por el Vaticano II.

Pobrezas del tener y del ser

En la estructura clásica en que se agrupaban las *Obras de misericordia*, se dividían éstas en *Obras de misericordia corporales* y *Obras de misericordia espirituales*. Dicha división o distinción, aparte

de recoger el pernicioso dualismo *cuerpo* y *alma* –que por su propia naturaleza– no favorece la integración de la persona como *unidad de vida y acción*, de *ser y hacer*…, creaba equivocidad y tenía el peligro de situar, como más cercanas al mundo del espíritu –y en consecuencia más dignas y "meritorias"– las segundas, que las primeras. Como si la atención de las necesidades corporales no fuese una atención integral de la persona y, en consecuencia, igualmente dignas que las que favorecían la atención a las necesidades así llamadas entonces *espirituales*.

Yo, en mi reflexión, prefiero referirme a esa clásica división distinguiendo –sólo en el orden lógico y del pensamiento– entre actuaciones encaminadas a atender *carencias en el ámbito del tener* y *carencias en el ámbito del ser.* Y ello, teniendo muy presente que la relación entre ambos ámbitos de pobreza suele ser, en ocasiones, bastante estrecha, por más que en la práctica existen muchos pobres de bienes económicos que son ricos en bienes y valores personales, y existen muchos ricos en bienes materiales, que presentan grandes pobrezas y carencias en su propio ser personal.

Una de las ventajas que puede tener, sin embargo, la distinción que aquí se hace entre obras de misericordia –relacionadas unas más directamente con el ámbito del *tener* y otras con el del *ser*– es la de superar la tendencia –a veces demasiado acentuada– a reducir el mundo de las carencias, o si se prefiere el de la pobreza, al ámbito material o económico, como si la opción preferencial por los pobres se limitase sólo al mismo y no tuviesen también derecho a ser asistidos –como pobres– los que, incluso en medio de la abundancia de bienes, experimentan grandes vacíos y carencias interiores, que les abocan a veces, en medio de un creciente sin sentido vital, a situaciones angustiosas, cuando no dramáticas. Por lo demás, tal reduccionismo ha podido ocasionar, sobre todo en las últimas décadas, fuertes deficiencias en la misión evangelizadora de la Iglesia –y por ende de la Tercera Orden– que debe ser, por su propia naturaleza, *universal*.

Las obras de misericordia
en la historia de la Tercera Orden

Con su clásica formulación de *dar de comer al hambriento* y de *beber al sediento*, de *vestir al desnudo* y de *visitar al enfermo*, *de asistir al preso* y de *dar posada al peregrino*, y de *sepultar a los muertos*, las tradicionales *obras corporales de misericordia* recogían situaciones tan paradigmáticas de carestía material, que no resultaba difícil encuadrar en alguna o en varias de ellas las necesidades más perentorias de índole económico que sufría la sociedad del momento histórico en que se realizó dicha formulación.

Algo similar sucedía con la invitación que se hacía, en el otro ámbito de pobreza, de *enseñar al que no sabe* y de *dar buen consejo al que lo necesita*, de *corregir al que yerra* y de *perdonar las injurias*, de *consolar al triste* y de *tolerar los defectos ajenos*, y de *orar por los difuntos*. También en este caso las situaciones de carencias de identidad personal eran paradigmáticas de las necesidades más típicas y urgentes de los hombres y mujeres del momento en que se elaboró catequéticamente la enumeración de las *obras espirituales de misericordia*.

Desde esa base, es fácil hacer un seguimiento histórico, en el que quede de manifiesto cómo la Tercera Orden Franciscana Seglar y las distintas Congregaciones religiosas enraizadas en ella que han ido surgiendo a lo largo del tiempo han ejercido un apostolado que en todo momento ha estado en consonancia con el ejercicio de una, o de varias a la vez, de las tradicionales obras de misericordia.

En sus primeros orígenes –y este podría ser un momento adecuado para hacer una mención especial de Santa Isabel de Hungría, cuyo octavo Centenario de nacimiento celebramos– el apostolado más extendido entre los miembros de la Tercera Orden fue el de los *hospitales*. Era una forma de atender a los enfermos, en medio de una sociedad muchas veces insensible con el tema y cuando faltaban aún varios siglos para que los Estados abordasen

oficialmente el tema de la sanidad ciudadana y se implantasen consecuentemente sistemas de *seguridad social*.

Los *hospitales*, además, acogían, junto con los enfermos –que por lo general eran pobres de solemnidad– a los *indigentes* del entorno –necesitados de alimento, vestido y calzado fundamentalmente– y a *peregrinos* que ya entonces cruzaban Europa, buscando y siguiendo los caminos que los conducían a Roma, a Santiago, o a cualquier otro lugar clásico de romería. En fin, los hospitales venían a ser como *centros asistenciales* en los que aparte de entender las dolencias corporales se mitigaba el hambre con el *bodrio* o *sopa boba* que se hizo famosa, se recogían los huérfanos, se daba cobijo a los transeúntes y se salía al paso de otras necesidades puntuales.

Esa atención a las *carencias del tener*, en la que se centró en un primer momento el apostolado de los terciarios seglares no se quedó nunca, sin embargo, en ese solo ámbito de pobreza, sino que se adentró con naturalidad –y también desde un principio– en aquel otro de las *pobrezas del ser*. De hecho, la propia Santa Isabel no se preocupa tan sólo del *bienestar* de los acogidos en su obra, sino que, desde una conciencia cristiana de la persona como *ser integral* y exento de dualismos, procuraba al mismo tiempo la promoción humana y religiosa de "sus" enfermos y pobres, procurando que conocieran y se adhirieran a las verdades de la fe. En su hospital, pues, no sólo se daba *de comer* y *de beber* al necesitado, ni sólo *se vestía al desnudo*, *atendía al enfermo* o *sepultaba a los muertos*, sino que se *enseñaba a los acogidos* lo que ignoraban o tenían en el olvido, se les *daba buen consejo* y se les ayudaba a *enmendar los propios errores*, se les *consolaba en sus tristezas* y se les *trasmitían los valores de la tolerancia y perdón*. Y así, un largo etcétera…

Por lo demás, bien pronto la Tercera Orden Seglar empezó a orientar algunas de sus incipientes obras a la atención preferencial de distintas carencias encuadradas en el *ámbito del ser*. Y como mero ejemplo en este sentido bastaría señalar que hacia 1300 ya se conoce en Bélgica la existencia de un centro de los Terciarios Seglares

encaminada a la *enseñanza gratuita* de cincuenta niños pobres; que en 1488 hay noticias de la existencia en Imola de otro centro –dirigido también por terciarios– dedicado a la recuperación de mujeres atrapadas en las redes de la prostitución, o incluso que, en 1397, la terciaria Angelina de Marsciano, anticipando en varios siglos el espíritu y misión de las numerosas Congregaciones religiosas terciarias –surgidas sobre todo a partir del siglo XVIII– fundó monasterios encaminados a la instrucción de la juventud femenina.

No deja de ser asimismo significativo al respecto el hecho de que algunas de las fundadoras y fundadores religiosos de los siglos XVI y XVII –como Ángela de Merici, Felipe Neri o José de Calasanz– tras alimentar por algún tiempo su fe en la espiritualidad franciscana terciaria, orientaran sus fundaciones a aliviar primordialmente carencias del *ámbito del ser*, mediante la educación de la niñez y de la juventud, ya fuera a través de la instrucción, ya fuera a través de diversas actividades recreativas pensadas para ocupar positivamente el tiempo libre.

Al suscitarse la así llamada *cuestión social* –provocada por una parte por la atroz condición en que la *Revolución industrial* del siglo XVII había sumido al mundo obrero, y por otra, por los aires aperturistas que trabajo consigo en 1789 la *Revolución francesa*– el panorama social cambió radicalmente. Junto a las antiguas pobrezas, que se perpetúan endémicamente, aparecieron otras, ligadas profundamente a la condición del *proletario*, producto por un igual de la industrialización y del capitalismo liberal.

La superación de carencias relativas al campo de la enseñanza-instrucción profesional pasó a ser vital en una sociedad en la que el operario necesitaba formarse, no sólo de cara a acceder a puestos de trabajo que exigían una preparación específica, sino también de cara a adquirir los conocimientos necesarios para ser agentes de su propia historia personal, no dejándose engullir, como un simple número, por un sistema laboral crecientemente despersonalizante y agresivo.

Por otra parte, el nacimiento de ese nuevo orden socio-laboral provocó una verdadera revolución en las estructuras mismas de la sociedad y de la propia familia, que ocasionaron la aparición de nuevas situaciones carenciales –aumento de niñez desamparada y de la delincuencia juvenil…–, a las que era necesario dar una respuesta, que no sería ofertada por los organismos oficiales hasta mucho tiempo después.

Y fue precisamente en medio de ese panorama cambiante, exigente y desafiante, en el que la Tercera Orden dio respuestas que pusieron de manifiesto una vez más la extraordinaria creatividad que la espiritualidad franciscana posee, como preciado patrimonio de quien "*hizo nuevas todas las cosas*" (Ap. 21,5) y da a sus discípulos esa misma capacidad en la medida que lo siguen con radicalidad.

Bien pronto, la Tercera Orden Seglar fue ampliando el abanico de sus ofertas de "amor a la medida", y fue atendiendo, por ejemplo, necesidades de alfabetización y de promoción profesional, tanto en el mundo del varón, como –y esto sí que es aún más novedoso– en el de la mujer.

Paralelamente a la actuación de los terciarios seglares, también las numerosas Congregaciones religiosas terciarias que nacen, sobre todo durante el siglo XIX, centraron su atención misional en la atención de necesidades surgidas o acentuadas con el nuevo orden social. Se fundaron así Institutos dedicados a la instrucción escolar o profesional, a la acogida y educación de niños y jóvenes de ambos sexos, abandonados o con problemas, al cuidado de ancianos desamparados… En fin, que puede afirmarse, como hace el padre Lázaro Iriarte en su ya clásica *Historia Franciscana*, que "no hubo necesidad pública que no recibiera respuesta en alguna congregación religiosa perteneciente a la Tercera Orden Franciscana".

Ese mismo espíritu creativo, innovador y con respuestas adecuadas a las necesidades del momento, se hizo presente también en otros fundadores religiosos del siglo XIX que habían madurado su

fe en contacto con la espiritualidad terciaria seglar, como son José Benito Cottolongo, Vicente Pallotti o Juan Bosco.

Las obras de misericordia hoy

Ya como punto final de la presente ponencia, quisiera plantear una cuestión que pudiera servirnos a todos de reflexión y pudiera desde ahí ayudarnos a seguir profundizando en el mensaje de este Congreso y ampliarlo, al mismo tiempo, a todas aquellas hermanas y hermanos que no nos han podido acompañar aquí.

La propuesta es, en principio, muy sencilla y puede resumirse en esta pregunta: ¿Cómo vivir y hacer creíble hoy, como terciarios franciscanos –seglares o regulares–, el ineludible compromiso, característico de nuestra específica vocación, de "amar a la medida".

Ciertamente nuestro contexto social no es el mismo que conoció Francisco de Asís o la Tercera Orden en su orígenes, ni es tan siquiera el mismo que se vivió en el siglo XIX cuando –como se ha dejado dicho– se produjo una extraordinaria floración espiritual terciaria que dio respuesta a los planteamientos surgidos a raíz de la revolución industrial y el consecuente nacimiento del proletariado.

Hoy en día, a los efectos socialmente influyentes de una industria cada vez más técnica y automatizada –que reduce la demanda de mano de obra y exige una cada vez mayor capacitación del trabajador– hay que sumar las fuertes consecuencias que se van derivando de esa revolución, un tanto solapada a veces, que se ha denominado *globalización*.

El hecho de haber convertido el orbe en una especie de "aldea universal" ha supuesto –como era natural, y junto a un innegable enriquecimiento cultural– la aparición de nuevas carencias y pobrezas. Y éstas, aunque se podrían encuadrar perfectamente dentro

del tradicional esquema de las obras de misericordia –por lo que tienen de paradigmático las formulaciones del mismo– necesitan ser abordadas con espíritu nuevo y nuevas estrategias.

Por ejemplo, ante los problemas carenciales suscitados por una inmigración masiva –que empieza a ser algo "habitual" en los países con mayor nivel de vida– el dar *posada al peregrino* necesita readaptarse conceptual y prácticamente.

Otro tanto cabría decir –y sin pretender con ello ser, ni mucho menos, exhaustivo en los ejemplos– ante la situación que presentan hoy en día grupos como "los sin papeles", "los sin techos"… u otras varias formas de modernas pobrezas, que no pueden ser abordadas adecuadamente con concepciones de vida o esquemas de actuación pretéritos.

En fin, que la vital relación entre la Tercera Orden Franciscana y ejercicio de las *obras de misericordia* –aun cuando sea con espíritu y mentalidad siempre nueva– está llamada a perpetuarse, porque todos necesitamos *sentirnos queridos a la medida* y, porque como bien predijo el propio Jesús: "a los pobres –bien de bienes materiales, bien de espíritu– siempre los tendremos con nosotros" (Mt. 26,11).

EPLA 15-2-2007

Juan Antonio Vives